

21. Los cierres a la esperanza: la avaricia

Otra actitud opuesta a la esperanza que debemos conocer es la de la avaricia. Si el lamento se despierta a menudo en nosotros por lo que nos falta, la avaricia es el miedo a carecer de lo que tenemos, un miedo que aprehende lo que poseemos. Más que el miedo a la falta, la avaricia es el miedo a la pérdida. A veces, el avaro ni siquiera teme perder, tan seguro está de aferrarse para siempre a lo que posee. Es la necesidad del rico de la que habla Jesús en el Evangelio: “Y les propuso una parábola: «Las tierras de un hombre rico produjeron una gran cosecha. Y empezó a echar cálculos, diciéndose: “¿Qué haré? No tengo donde almacenar la cosecha”. Y se dijo: “Haré lo siguiente: derribaré los graneros y construiré otros más grandes, y almacenaré allí todo el trigo y mis bienes. Y entonces me diré a mí mismo: Alma mía, tienes bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe, banquetea alegremente”. Pero Dios le dijo: “Necio, esta noche te van a reclamar el alma, y ¿de quién será lo que has preparado?”. Así es el que atesora para sí y no es rico ante Dios»” (Lc 12,16-21).

La avaricia es acumular tesoros para uno mismo. Es un vicio solitario que hace que uno se sienta cada vez más solo, cada vez más aislado, encaramado dentro de los muros que construye para proteger esos falsos tesoros. El avaro se aísla porque para él los demás son siempre un peligro para lo que posee. Es como si para él todo el mundo fuera un ladrón en potencia que quiere arrebatarse sus tesoros. Para el avaro, compartir, dar, significa perder su seguridad, perder lo que llena el horizonte de sus deseos. Por eso, para él, el pobre es el peligro número uno, porque la indigencia del pobre, su necesidad de bienes vitales, amenaza siempre sus bienes superfluos, que no necesita realmente para vivir.

Debemos reconocer honestamente que cada uno de nosotros tiene sus zonas de avaricia más o menos grandes, sus graneros innecesariamente llenos e innecesariamente defendidos; cada uno de nosotros tiene sus tesoros que no está dispuesto a compartir. Incluso los pobres pueden ser tacaños unos con otros. Estos tesoros pueden ser bienes materiales, pero a menudo también intelectuales e incluso espirituales.

San Benito, junto con los apóstoles y los padres del desierto y de la Iglesia, advierte muy firme e intransigentemente contra este vicio. Su capítulo sobre el vicio de tener algo propio, es decir, sólo para uno mismo, es tan afilado como una navaja:

“Hay un vicio que por encima de todo se debe arrancar de raíz en el monasterio, a fin de que nadie se atreva a dar o recibir cosa alguna sin autorización del abad, ni a poseer nada en propiedad, absolutamente nada: ni un libro, ni tablillas, ni estilete; nada absolutamente, puesto que ni siquiera les está permitido disponer libremente ni de su propio cuerpo ni de su propia voluntad. Porque todo cuanto necesiten deben esperar del padre del monasterio, y no pueden lícitamente poseer cosa alguna que el abad no les haya dado o permitido.” (RB 33,1-5)

En este mismo capítulo de la Regla, San Benito habla de la esperanza: “deben esperarlo del padre del monasterio” (RB 33,5). Al utilizar estos términos, “esperanza” y “padre”, la Regla nos educa a vivir de manera teologal también la relación con los bienes materiales, es decir, refiriéndose a Dios, cuya paternidad el abad representa, recordándonos a Dios que nos lo proporciona todo, como alimenta a las aves del cielo y viste a los lirios del campo (cf. Lc 12,22-30).

Es hermoso observar cómo en este capítulo San Benito nos ayuda a vivir la relación con nuestras necesidades necesarias expresando en la vida concreta nuestros votos de obediencia, pobreza, conversión monástica y estabilidad en la comunidad: “Porque todo cuanto necesiten deben esperarlo del padre del monasterio, y no pueden lícitamente poseer cosa alguna que el abad no les haya dado o permitido. Sean comunes todas las cosas para todos, como está escrito, y nadie diga o considere que algo es suyo (cf. Hch 4,32).” (RB 33,5-6)

Los votos no son sólo un compromiso espiritual, a riesgo de caer en la abstracción. Deben encarnarse en nuestra vida real, y esto significa que nuestra pertenencia a Cristo debe modelar nuestra relación con todo, incluso con nuestras necesidades de cosas necesarias como la comida y el vestido. Pero con los votos, es la esperanza que espera todo de Dios la que se encarna en nuestra vida, en nuestra carne, y se convierte en una realidad palpable para nosotros mismos y para los demás.

Si el avaro es el hombre encerrado en sí mismo que pierde la comunión con los demás, el pobre que todo lo espera del Padre es el que no teme compartir lo que tiene y lo que es. Incluso su cuerpo lo recibe de Dios, por lo que no lo considera sólo suyo, sino un bien entregado que se realiza en el don, en el servicio, en la ofrenda de sí mismo, que puede significar, por ejemplo, ofrecer el propio trabajo, la propia enfermedad y, para algunos, incluso el martirio.

La avaricia es como una jaula que impide volar a la esperanza. San Benito, siguiendo a Jesús, nos propone liberarnos de esta tendencia, educándonos a pedir a Dios Padre el pan de cada día y a recibirlo todo de Él, a través de quienes lo representan por nosotros. Y cada uno de nosotros es representante del Padre ante los pobres que llaman a su puerta. No se trata sólo de dinero o de bienes materiales, sino de todo lo que se me da y que mi prójimo necesita. Por ejemplo, mi tiempo, mi escucha, mi atención, una sonrisa, un servicio. A veces se nos pide que demos nuestra paciencia, como el Padre es paciente con nosotros, o nuestro perdón. Sin embargo, incluso en todos estos casos, nunca somos la fuente de lo que se nos pide. Pero se nos da la esperanza, el conocimiento en Cristo de la bondad del Padre, y por eso estamos llamados a vivir la esperanza también para los demás, a esperarlo todo del Padre incluso para otros que no lo conocen.

Como leemos en la carta a los Hebreos: “Vivid sin ansia de dinero, contentándoos con lo que tengáis, pues él mismo dijo: *Nunca te dejaré ni te abandonaré*; así tendremos valor para decir: *El Señor es mi auxilio: nada temo; ¿qué podrá hacerme el hombre?*” (Heb 13,5-6; cf. Dt 31,6; Sal 117,6).